

bió del ministro de gracia y justicia, Caballero, que quiso premiar así el servicio que le hizo el padre del agraciado de haberle hecho con toda felicidad la operacion de bati- rle las cataratas. Recacho reunia á su poca pericia mili- tar una extraordinaria presuncion, y él y otro oidor jó- ven llamado D. Juan Hernandez de Alva, con quien habia ido de España, hijo de un fiscal de la audiencia de Méjico, eran el alma de la junta, y la causa de que la autoridad de Abarca fuese poco acatada. Ambos presentaban, como dice muy acertadamente D. Lúcas Alaman, «la triste prueba de que bajo el influjo del príncipe de la Paz, la corte de Madrid no procedia con la circunspeccion que antes se habia observado en la provision de las plazas de las audiencias de América.» D. Tomás Ignacio Villa- señor era un rico hacendado, á quien la junta habia hecho teniente coronel, pero completamente inexperto en el arte de la guerra.

1810. Don Juan José Recacho salió de la ciudad  
Octubre. al frente de una fuerza de quinientos hom- bres, compuesta de una compañía de granaderos del batallon provincial de Guadalajara, una seccion de lan- ceros y dos compañías de voluntarios españoles, depen- dientes de comercio en su mayor parte. Al acercarse á la poblacion de la Barca, donde esperaba encontrar á los insurrectos, dispuso su gente; pero no encontró obstáculo. Los jefes independientes Huidrobo, que tenia el título de inspector, Alatorre y Godinez habian abandonado el pueblo, y pasando el rio, se dirigian hácia Zamora. El

1810. jefe realista, libre así de contrarios, entró en  
Octubre. la Barca satisfecho de su expedicion. Sin

embargo, pronto tuvo que acudir á las armas. Los dias 3 y 4 de Octubre se vió atacado vigorosamente por ambas riberas del rio por fuerzas bastante numerosas de insur- gentes. Los realistas se defendieron bizarramente en las calles y lograron rechazar á sus contrarios, causándoles muchos muertos y cogiéndoles bastante número de pri- sioneros. Recacho, no obstante haber rechazado á los independientes causándoles las pérdidas referidas, deter- minó abandonar la poblacion, pues habia perdido algu- nos de sus mejores oficiales, y retirarse á Sula para espe- rar allí recursos de Guadalajara. Con el fin de no ser molestado en su retirada por las fuerzas insurrectas, recorrió á un medio verdaderamente original. Hizo que el cura de la poblacion fuese en un coche con el mismo ejército, llevando el Santísimo Sacramento, esperando que así, los insurgentes, por respeto religioso, no se atreverian á atacarle. El recurso produjo el resultado que habia esperado. Las fuerzas independientes, temiendo cometer una profanacion, no le hostilizaron en su reti- rada, y habiendo recibido orden de que volviese á Gua- dalajara, llegó en procesion el togado militar con sus huestes, á la capital de la provincia, donde fué recibido con aclamaciones de entusiasmo y repique de campanas, como si volviese triunfante de sus enemigos (1).

(1) En un parte que dirigió Recacho al virey el 31 de Diciembre de 1810 desde el castillo de San Diego de Acapulco, le dice, segun se ve en la *Gaceta* del 19 de Febrero de 1811, tom. 2.º, que «á media legua de la Barca encontró al Sr. Cura con sus clérigos y el Santísimo Sacramento, que habia sacado de su iglesia, cerrándola en virtud del entredicho, al que hizo subir con su

1810. Mientras D. Juan José Recacho se vio  
 Noviembre. precisado á emprender la retirada procesio-  
 nalmente para salvar su gente, la columna que salió  
 hácia Zacoalco á las órdenes de D. Tomás Ignacio Villa-  
 señor sufrió un terrible descalabro. Estaba formada esa  
 columna de las dos compañías de voluntarios, en que  
 se hallaba lo mas selecto de la juventud de Guadalajara,  
 de los milicianos de Colima, de una compañía de Tepie, de  
 algunos voluntarios europeos y de otros piquetes de mili-  
 cias. El jefe insurrecto que se hallaba en Zacoalco era el  
 activo y valiente José Antonio Torres, ó el «amo Torres,»  
 que habia ofrecido al cura Hidalgo apoderarse de Guada-  
 lajara. Las fuerzas realistas, compuestas en su mayor  
 parte de jóvenes decentes que por la primera vez empu-  
 ñaban las armas, no acostumbrados á las fatigas ni á las  
 privaciones y mandadas por un jefe inexperto, no eran  
 las mas á propósito para una expedicion de importancia.  
 D. José Antonio Torres, al ver á sus contrarios, dispuso  
 su gente para el combate y la animó asegurándola el  
 triunfo. Antes de romperse las hostilidades, Torres inti-  
 mó á Villaseñor, que era hijo del país, á que dejase solos  
 á los europeos; pero el jefe realista, indignado por la pro-  
 posicion, le contestó que le haria ahorcar si caia en su  
 poder (1). La accion se empeñó en seguida. Torres aco-

Majestad á un coche en que llevaba los heridos». Pero lo que hay de cierto  
 es, no que le encontró casualmente fuera de la poblacion, sino que le hizo  
 salir de ella de la manera que dejo referida. No es de creerse que el cura hu-  
 biera emprendido un largo viaje á pié, cuando mucho mas sencillo y prudente  
 era que hubiese consumido las sagradas formas.

(1) Bustamante: *Cuadro Hist.* Tom. 1.º

metió con impetu terrible á sus contrarios. La juventud  
 de Guadalajara, no acostumbrada á los riesgos de la  
 guerra, aunque valiente y pundonorosa, no pudo resistir  
 al choque de los indios, siempre terribles en su primera

1810. acometida y se vio precisada á replegarse.  
 Noviembre. Animada por sus oficiales, siguió combatien-  
 do; pero la defeccion de los milicianos de Colima, que se  
 pasaron en aquel momento al bando contrario, hizo des-  
 mayar á los realistas y acabó de decidir la victoria. El  
 triunfo alcanzado por Torres fué completo. Quedaron  
 prisioneros el jefe realista Villaseñor, D. Salvador Batres,  
 capitán de una de las compañías de voluntarios y el de  
 igual graduacion, D. Leonardo Pintado, que mandaba la  
 de Tepie. Quedó muerto en el campo de batalla, sin  
 abandonar su puesto, el oficial Gariburu, teniente del  
 regimiento de la Corona que se hallaba con bandera de  
 recluta para su cuerpo. La victoria alcanzada por Torres  
 sobre Villaseñor se verificó el 7 de Noviembre, el dia  
 mismo en que Calleja alcanzó el triunfo en Aculco sobre  
 el ejército del cura Hidalgo. El número de muertos que  
 tuvieron los realistas, segun el parte enviado por Torres  
 al cura Hidalgo, ascendió á «doscientos setenta y seis,  
 entre ellos cien europeos y los demás criollos.» El jefe  
 insurrecto no pone las pérdidas que él sufrió; pero debie-  
 ron ser muy pocas.

Esa derrota en que «perdió Guadalajara la flor de su  
 1810. juventud» (1), y la retirada de Recacho con  
 Noviembre. su division del pueblo de la Barca, llenó de

(1) La carta ya referida de Roque Abarca á Calleja.

consternacion á los partidarios del gobierno que residian en la capital de la provincia, y juzgando que era imposible la defensa de Guadalajara, nadie pensó mas que en abandonar la ciudad y ponerse en salvo. Todos los cuerpos formados por Abarca se habian pasado desde el principio, como he dicho, al enemigo, y lo mismo hicieron tres escuadrones del regimiento de Aguascalientes, y mas tarde verificó igual cosa el otro que guarnecía la capital, de la que salió con un jefe europeo. La mayor parte de los comerciantes españoles, tomando los bienes que pudieron, marcharon hácia el pueblo de San Blas con ánimo de embarcarse.

Don Roque Abarca, queriendo defender la ciudad, reunió á los pocos españoles que permanecian en ella, y trató de animarles á que tomasen las armas. «No somos soldados,» contestó uno de ellos que tomó la palabra en nombre de todos, «y no debemos cuidar sino del número uno y de nuestros intereses» (1). Esta contestacion corrobora lo que tengo ya manifestado en páginas anteriores; esto es, que los españoles radicados en la Nueva-España no hubieran hecho armas contra los independientes si se les hubiera ofrecido dejarles continuar en sus asuntos de comercio, y el cura Hidalgo hubiera visto realizado su plan de independenciamasi sin oposicion. Uno de los primeros que salió de la ciudad y se dirigió al puerto de San Blas fué el obispo D. Juan Cruz Ruiz Cabañas. La junta «auxiliar del gobierno» se disolvió ante el próxi-

1810. mo peligro, y los oidores Recacho y Alva  
Noviembre. marcharon hácia el mismo punto que el pre-

(1) Abarca, en la carta ya mencionada.

lado, recogiendo en el tránsito los intereses pertenecientes al monarca, y destruyendo lo que no les era posible llevar. Los comerciantes españoles les siguieron poco despues, llevándose lo que les fué mas fácil sacar de sus intereses. De los defensores del gobierno solo quedó en la ciudad D. Roque Abarca con ciento diez reclutas que acababa de vestir de soldados, y con ellos un oficial veterano y cinco del país (1). Con esta insignificante fuerza quiso Abarca hacer frente al peligro; pero era imposible. Rodeado de numerosas partidas de insurrectos y no teniendo mas provisiones que el maíz preciso para diez dias, la defensa era una temeridad. En esas críticas circunstancias cayó gravemente enfermo, y se retiró al pueblo de San Pedro, sitio pintoresco próximo á Guadalajara, á donde suelen ir á pasar las familias, en ciertos meses del año, una temporada de recreo. El mando lo dejó en manos del ayuntamiento, y la ciudad quedó envuelta en el silencio y el pavor.

El ayuntamiento llenó las vacantes que en él habia por la ausencia de algunos de sus miembros que eran españoles, con individuos del país. Prudente y cuidadoso del bien de los vecinos, su único anhelo fué alcanzar que la entrada de las tropas independientes se hiciese con el mayor orden que posible fuera. Con este noble objeto

1810. nombró comisionados que fuesen á tratar con  
Noviembre. los jefes principales de los independientes.

(1) «Mis fuerzas», dice Abarca en su varias veces mencionada carta á Calleja, «consistian en ciento diez zaragates que acababa de vestir de soldados, y con ellos un oficial veterano y cinco del país.»

Los individuos en quienes recayó la eleccion fueron Don Ignacio Cañedo y D. Rafael Villaseñor, para conferenciar con Torres, que se hallaba en Zacoalco; para tratar con los jefes que estaban en la Barca, el Dr. Padilla, franciscano, y para ver á Gomez Portugal que estaba en Jacona, al Dr. D. José Francisco Arroyo. Escuchadas las proposiciones de los comisionados por el ayuntamiento, Torres ofreció respetar los bienes y las personas de los vecinos, y el dia 11 de Noviembre, á las nueve de la mañana, entró en Guadalajara, cumpliendo fielmente lo que habia ofrecido, pues se guardó el mayor orden y no hubo que lamentar exceso ninguno. Sin embargo, despues, instigado desgraciadamente por un mayorazgo de aquella ciudad, en cuya casa estuvo alojado, mandó que se procediese á la aprehension de algunos comerciantes españoles que se habian quedado, poniéndoles arrestados en un colegio, aunque tratándoles humanamente.

Únicamente le faltaba á D. José Antonio Torres para ser dueño de toda la provincia de la Nueva-Galicia, el puerto de San Blas, punto verdaderamente de suma importancia, no solo por las comunicaciones marítimas que podia proporcionar, sino por la abundancia de armamento y de municiones que en él habia. Torres, que á la honradez reunia la actividad, y que bajo su rudeza de labrador, ocultaba un alma magnánima, un valor á toda prueba y un celo ardiente por la causa que defendia, dió la importante comision de apoderarse de San Blas al presbítero D. José María Mercado, cura del pueblo de Ahualulco, que habia abrazado la causa de la independencia. El nuevo jefe insurrecto era natural de Teul y

pertenecia á una familia honrada y de regular posicion social. Dedicado á los estudios, hizo su carrera en el Seminario de Guadalajara, y habiendo abrazado la carrera eclesiástica, gozó siempre de reputacion de virtuoso, haciéndose apreciable no solo por su virtud, sino tambien por su moderacion y su buen trato. Encargado de la direccion de los ejercicios espirituales de Guadalajara, cumplió escrupulosamente con los deberes del buen eclesiástico, y poco despues fué nombrado cura de Ahualulco. Desempeñando dignamente su curato se hallaba cuando se dió el grito de independecia en Dolores. Extendido el fuego de la revolucion por la Nueva-Galicia por el activo Torres, el padre Mercado entró en ella, no por ambicion de mando, ni impelido de ningun sentimiento bastardo, sino porque juzgaba que el país en que habia nacido llegaria al colmo de la felicidad, constituyéndose en nacion independiente y soberana. Llamó mucho la atencion que un sacerdote de la ejemplar vida que siempre habia llevado el cura Mercado, hubiese abrazado la causa de la revolucion, sin que existiese otro motivo para esa admiracion que el ver que varios de los eclesiásticos que se habian alistado en las banderas de la insurreccion no habian sido muy fieles observantes de las buenas costumbres.

El primer cargo que D. José María Mercado recibió de Torres al unirse á la causa de la independecia, fué la de perseguir á los españoles que se dirigian de varios puntos de la provincia hácia el puerto de San Blas para

1810. poner á salvo sus intereses y sus personas.  
Noviembre. Comisionado luego, como dejo referido, para

tomar el puerto de San Blas, procuró levantar una fuerza competente, y facultado por el cura Hidalgo para dar cargos á las personas que juzgase que podian prestar buenos servicios á la causa, extendió el 13 de Noviembre un nombramiento, comisionando á su padre, llamado tambien D. José, para las cosas relativas á los europeos y á sus bienes. «Por el presente,» dice el nombramiento, «doy comision entera bastante y cuanta sea necesaria, »segun las facultades que se me han dado, á mi señor »padre D. José Mercado, para que pueda aprehender y »embargar las haciendas, intereses y personas de los europeos, y conducirlos á este cuartel del Ahualulco, y á »este fin pida los auxilios necesarios á los pueblos y congregaciones en virtud de esta comision.—Dado en el »cuartel particular del ejército americano del Poniente, á »13 de Noviembre de 1810.—*José Maria Mercado*» (1).

Lleno de entusiasmo por la empresa que se le habia confiado de apoderarse de la plaza de San Blas, se puso en marcha, reunió en su tránsito seiscientos hombres entre indios y gente del campo, armados de lanzas, machetes y unos cuantos fusiles, y llegó al frente de Tepic el dia 20 de Noviembre. Habiéndose situado en el cerro de la Cruz, levantó una bandera blanca en señal de parlamento, y envió á D. Juan Cea, en union de otros dos

(1) El nombramiento empieza con estas palabras, que completan el documento: «Yo el Br. D. José Maria Mercado, cura interino, vicario y juez eclesiástico del pueblo del Ahualulco y comandante comisionado por el Excelentísimo Señor virey y capitán general de los ejércitos americanos, para la conquista de los pueblos del Poniente». (Sigue lo que dejo referido.)

oficiales á intimar rendicion. No habiendo en la plaza jefe ninguno militar, pues el comandante se hallaba en San Blas y el segundo habia salido á unirse con Abarca en Guadalajara antes de haber sido abandonada, los parlamentarios se dirigieron á ver al cura de la poblacion

1810. Don Benito Antonio Velez. Pocos momentos Noviembre. despues, Mercado entraba en Tepic sin resistencia, sin haber disparado un tiro. Siete dias se detuvo en el pueblo, atrayendo á sus banderas á los habitantes del campo y de las rancherías comarcanas, logrando aumentar su gente hasta el número de mil. Con esta corta fuerza, á la cual se agregó la compañía veterana que guarnecía Tepic, y dueño de seis piezas de artillería que en él habia, marchó á sitiar San Blas, que era el punto objetivo.

Atrevida era la empresa que se proponia acometer Mercado, y en ella se revela el genio y la osadía del nuevo jefe independiente. La plaza domina el único punto por donde se le puede atacar por tierra, con proporcion de aislarle fácilmente por la comunicacion de los esteros; en un castillo, bastante respetable, se veian doce cañones de á veinticuatro que defendian el puerto y podian destruir la poblacion; en ésta habia cuatro baterías, y en el mar una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras; se tenia además la segura esperanza de que llegase de un dia á otro la fragata *Princesa* y la goleta particular *San José*, con cargamento de harinas. Contaba la plaza con seiscientos cargas de harina, igual número de arrobas de queso; mas de mil fanegas de maíz, doscientas reses, y facilidad de llevar por mar, en